

Capítulo XCIX.

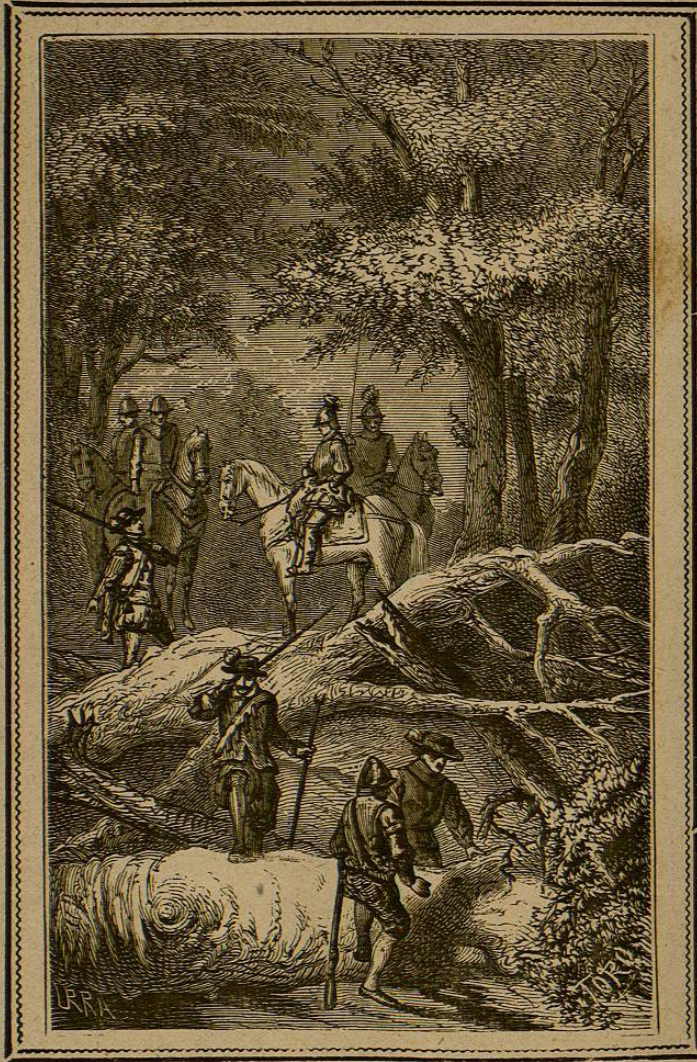
Camino de Tezcuco.

Dejamos á los españoles, con grandes refuerzos de los indios que se habian puesto de su parte, avanzando hácia la imperial Méjico.

Hernan Cortés no creyó conveniente dar el asalto sin tener un punto de apoyo, y recordando que en Tezcuco estaba Othalitza, y que su hijo ocupaba el trono por influencia suya, resolvió dirigirse allí.

Los indios de Guacachula, de Tlascala, de Güexocinco y demás poblaciones que le eran adictas, revelaban gran entusiasmo, porque el caudillo español habia ofrecido destruir á Méjico, para que no continuara siendo la ciudad absorbente de todas las demás, asegurándoles que en cuanto realizase este propósito se retiraria con todos los españoles.





HERNAN CORTÉS.—Gruesos pinos, cipreses y otros árboles, atajaban todas las avenidas.

Salió, pues, de Tlascala el día de los Inocentes.

En la imposibilidad de poder atender al mantenimiento de todo su ejército, que constaba de más de ochenta mil hombres, en tierra de enemigos, llevó sólo veinte mil, quedando los demás en Tlascala hasta que se terminasen otros tantos bergantines que mandó construir.

Aquella noche durmió el ejército expedicionario en Tezmoluzca, distante seis leguas de dicha ciudad, y el cacique y personas principales acogieron con benevolencia su llegada.

Al día siguiente, despues de cuatro leguas de camino, pernoctó en una sierra.

Era tan intenso el frío que allí se sentía, que tuvieron que encender grandes hogueras para no perecer victimas de él.

Apenas rompió el alba comenzaron todos á subir el puerto.

Hernan Cortés envió delante cuatro peones y cuatro de á caballo á explorar el terreno, y hallaron el camino lleno de árboles recién cortados y atravesados.

Creyendo que más adelante no habria el mismo obstáculo, continuaron caminando hasta un punto del que les fué imposible pasar.

Gruesos pinos, cipreses y otros árboles atajaban todas las avenidas.

Quando le comunicaron el resultado de sus exploraciones:

—¿Y habeis encontrado gente?—les preguntó.



—Absolutamente á nadie.

Cortés dispuso entonces que le acompañasen todos los de á caballo, y con algunos españoles de á pié y mil indios se dirigió á desembarazar el terreno.

Dió orden para que el resto del ejército le siguiese, y con el concurso de todos quedó limpio el camino y pasó la artillería y caballería sin el menor peligro.

Los tezcucanos creían que los españoles no elegirían aquel camino, y le abandonaron, contentándose con poner aquellos estorbos.

La verdad es que si se hubieran quedado custodiándolo, favorecidos por lo fragoso del terreno y por el espeso monte que habia á uno y otro lado, hubieran hecho retroceder á sus enemigos.

Tres caminos habia para dirigirse á Tezcuco, y Hernan Cortés eligió el más escabroso.

Sin saber por qué, adivinó que sus enemigos estarían aguardándole al final del más llano.

Un momento despues distinguió las lagunas, y dió gracias á Dios porque le habia permitido llegar allí sin ningun contratiempo, ofreciendo no volver atrás sin ganar primero á Méjico.

Todos los españoles repitieron este ofrecimiento.

El resplandor de muchas hogueras llamó la atención del caudillo.

Indudablemente los enemigos estaban próximos, y por medio de estas señales avisaban á sus hermanos para que acudieran al combate.

Pronto resonó un confuso griterío, y vieron que

llegaban en tropel multitud de indios con el objeto de apoderarse de unos puentes que allí habia próximos.

Cortés mandó que un escuadron saliera á impedirles este propósito, y despues de tomar el puente les persiguieron unos veinte de á caballo, que los dieron una carga que les destruyó por completo.

Los españoles, sin haber sufrido pérdida alguna, continuaron su marcha, y aquella noche la pasaron en Cuachutepec, que es jurisdiccion de Tezcuco.

En el lugar no habia persona alguna; pero cerca de él estaban más de cien mil hombres en actitud hostil.

Habian llegado de Culúa, Méjico y Tezcuco para impedir el paso de los extranjeros.

Hernan Cortés apercibió á su gente, y estuvo alerta.

Al dia siguiente de madrugada salió de allí para Tezcuco, que está á tres leguas, y no habrian andado un cuarto de hora cuando distinguió á cuatro indios, que con una banderita puesta en una barra de oro, como símbolo de la paz, corrían á su encuentro.

Salió á recibirlos, y por ellos supo que Coenacoyocin, su señor, les enviaba á rogarle que no hiciese daño en su tierra, que él deseaba paz y amistad, y que se alegraría infinito que pasase á su ciudad á hospedarse con todo el ejército.

Cortés comprendió que aquello era una emboscada; pero les dió las gracias por sus ofertas y se excusó de admitirlas.



Los emisarios partieron despues de oír de lábios del caudillo las palabras más afectuosas y tranquilizadoras.

El ejército prosiguió su expedicion, y se alojó en Cuahutichan y Huaxuta, arrabales de Tezcuco.

Derribó cuantos ídolos encontró, y despues penetró en la ciudad.

Halló desiertas muchas casas, y temiendo una traicion, mandó pregonar que nadie, so pena la vida, abandonase la ciudad.

Los españoles, despues de descansar un rato, subieron á las azoteas, y desde allí descubrieron que muchos de los habitantes empezaban á abandonar la poblacion.

Cortés quiso remediarlo; pero llegó la noche, y no le pareció oportuno empeñarse en una lucha, cuyas consecuencias no podia prever

Perdido el miedo que les causó la llegada de los extranjeros, al ver que no les hostilizaba en lo más mínimo, regresaron muchos de los que habian huido.

Ocho dias estuvo Cortés sin salir de Tezcuco, fortaleciendo la casa en que se hallaba alojado, y despues de abastecerla de víveres, viendo que no le acometian los enemigos, dió orden para que le acompañasen doscientos españoles y unos quince de á caballo con cinco mil indios, y siguiendo la orilla de la laguna, comenzó á caminar con direccion á Iztacpalapa.

## Capítulo C.

Que trata de varias cosas.

La guarnicion de Culúa avisó á los de Iztacpalapa que los españoles se dirigian á la ciudad, y salieron á esperarlos unos cincuenta mil, dispuestos á detener su marcha.

La batalla que allí tuvo fué horrorosa.

Los tlascaltecas solamente mataron más de seis mil enemigos.

Los demás huyeron en precipitada fuga.

Cuando un momento despues los españoles se felicitaban de aquella nueva victoria, notaron con asombro que las calles se inundaban de agua.

Los enemigos habian abierto la calzada, y entraba tanta agua que lo cubria todo.

Cortés ordenó que inmediatamente abandonasen



la ciudad, y los españoles pasaron una noche muy mala, porque no pudieron recoger en su huida las provisiones, y empezaban á sentir los rigores del hambre.

Cortés estuvo muy triste aquella noche, pensando que con el abandono de la ciudad se envalentonarian los enemigos, y amenguándose su prestigio, no acudirían de otras tribus á solicitar su amistad.

Se retiró con los suyos á la provincia de Chalco que le era adicta, y aplazó para mejor ocasion el volver á Teztuco.

Dos dias llevaba allí, cuando se presentó Othalitza seguida de su hijo.

—¿Cómo habeis abandonado la ciudad,—les preguntó Hernan Cortés.

—Callad, señor; las desventuras que sobre nosotros pesan son superiores á cuanto se diga. Despues de habernos librado de una conspiracion que se tramó para asesinarlos, nos hemos visto precisados á huir precipitadamente. Numerosas fuerzas mejicanas han invadido nuestro territorio, y ante el temor de no poder contrarestarlas hemos venido á acogernos á vuestro amparo.

Cortés la ofreció toda su proteccion.

Un suceso inesperado hizo que pudiera realizar esta oferta antes de lo que creia.

Los caciques de Huaxuta y Cuabutichan vinieron á decirles que fuerzas mejicanas se aproximaban á su territorio, y que para no faltar á la amistad con él pactada, le suplicaban les aconsejase la conducta que debian observar.

Hernan Cortés les dijo que opusieran resistencia, en tanto que él recibia refuerzos que habia pedido á Tlascala.

Los caciques partieron.

Casi al mismo tiempo recibió aviso de que en Veracruz habian desembarcado treinta españoles, sin contar los marineros de la nao, y ocho caballos, y que traian mucha pólvora, ballestas y arcabuces.

Un soldado que llegó en el propio dia le participó que los bergantines que estaban construyéndose en Tlascala se habian terminado, y Cortés comisionó á Sandoval para ir á buscarlos.

La tablazon y la clavazon de ellos fué conducida por ocho mil hombres.

Veian en su guarda veinte mil soldados.

Al llegar á tierra enemiga dijeron los carpinteros que por lo que pudiera suceder seria conveniente que fuese delante la ligazon y detrás la tablazon, por ser cosa de más peso y embarazo.

Así se dispuso, en efecto, y en el camino salió á recibirlos Hernan Cortés con todas las fuerzas de que disponia.

Al llegar á la costa armaron las naves, las botaron al agua, y con el mayor entusiasmo se dirigieron á Tezuco.

Poco trabajo le costó obtener la victoria.

Con el numeroso ejército que llevaba destrozó á gran parte de sus enemigos, y los demás se rindieron á discrecion.

Colocó de nuevo en el trono al hijo de Othalitza,



y las protestas de amistad y agradecimiento que oyó de sus lábios le indemnizaron de los disgustos que habia sufrido en aquellos dias.

Revistó sus tropas, y al notar que faltaban algunos españoles, comisionó á Sandoval para que con algunas fuerzas recorriera los alrededores de la ciudad.

En un pueblo inmediato supo que al huir los mejicanos habian llevado algunos prisioneros, y que despues de asesinarlos y derramar su sangre por las paredes, se los habian comido por un exceso de ferocidad.

En una de las casas que registró halló escrito con carbon:

*Aquí estuvo preso el sin ventura Juan de Juste.*

Algunos historiadores hacen subir á cuarenta y cinco el número de los españoles que tan villanamente fueron asesinados.

Sandoval, indignado por las noticias que adquiria, trató de incendiar el pueblo en donde habian sido inmolados sus compañeros.

Los soldados imitaron á muchos de sus habitantes.

Pero al ver el valiente capitán la ninguna resistencia que oponian, y que lloraban las mujeres por sus maridos, y los hijos por sus padres, él y sus soldados tuvieron compasión, y no derramaron más sangre.

Desistió de incendiar el pueblo, y despues de oír las más lastimeras súplicas de sus aterrorizados ha-

bitantes y de convencerse de su arrepentimiento, les perdonó, obligándoles á que prestasen juramento de servirles y ser leales.

Contristado por el desgraciado fin que habian tenido sus hermanos, y en la imposibilidad de encontrar á sus verdaderos verdugos, regresó á reunirse con Hernán Cortés.

El caudillo de los españoles oyó con pena la triste relación que le hizo Sandoval de tan terribles sucesos.

Pero recobrando el ánimo, en vista de las circunstancias por que atravesaba, lo dispuso todo para continuar al dia siguiente su expedición.

Deseaba cuanto antes tener un encuentro con los de Méjico, y al rayar el alba salió con veinticinco caballos y unos trescientos españoles, entre los que habia cincuenta escopeteros y ballesteros.

A las cuatro leguas de camino se encontraron con un numeroso escuadrón de enemigos.

El caudillo español ordenó que los de á caballo les dieran una carga.

Acudieron luego los de á pié, y desbarataron por completo á aquella imponente turba.

Los tlascaltecas hicieron una horrorosa carnicería en los que huían.

Era tarde cuando terminó la batalla, y los españoles fijaron sus reales en el campo.

La noche la pasaron alerta, porque allí habia muchos de Culúa, y no querian ser víctimas de su imprevision.



A la madrugada tomaron el camino de Xaltoca. Cortés no manifestó dónde iban.

Recelaba de muchos de Tezcuco que venían con él, y temía que avisasen á los enemigos.

Por fin llegaron á Xaltoca.

Rodea á este lugar una inmensa laguna.

En sus calles hay también muchas acequias.

Los habitantes se burlaban de los españoles al verlos andar por aquellos arroyos, y les tiraban flechas y piedras.

—No les hagais caso,—decía Cortés á sus soldados;—pasaremos como podamos, que en estando al otro lado ya castigaremos su audacia.

En efecto; en cuanto que salvaron las acequias arremetieron á sus enemigos, y aunque opusieron una tenaz resistencia, lograron á cuchilladas desalojarlos del pueblo.

Quemaron gran parte de las casas, y después continuaron su marcha.

Hicieron alto á una legua de allí, donde durmieron.

La noche siguiente la pasaron en Huatullan, población grande, pero completamente desierta.

Sus moradores la habían abandonado aterrorizadas al aproximarse los españoles.

Continuaron su expedición, pasaron por Tenanicoan y Accapuzalco, sin encontrar resistencia, y llegaron á Tlacopan.

Esta población se hallaba defendida por grandes fosos, y en sus inmediaciones estaban reunidos todos

sus habitantes para estorbar la entrada de los extranjeros.

Lograron por fin entrar los expedicionarios, mataron muchos indios y quedaron dueños del campo.

Era ya de noche, y Cortés dispuso que se alojaran en una gran casa que allí había.

Descansaron de la jornada, y al amanecer se saqueó el lugar y se quemó casi todo.

Cortés recordaba con dolor que al abandonar á Méjico habían asesinado á algunos de sus hermanos, y quiso imponerles un castigo cruel.

Seis días permanecieron allí, y en todos ellos tuvieron alguna escaramuza con los enemigos.

Los tlascaltecas hacían maravillas en estos encuentros.

Los enemigos salieron de Méjico por la calzada á pelear, y para coger en ella á los españoles fingían huir, y de pronto volvían á caer sobre ellos.

Otras veces, presentándose en la entrada de la ciudad:

—Venid, venid si sois valientes; pero estad seguros de que no saldrá uno vivo.

Nuestro monarca no es tan débil como Motezuma, y de nada os servirán vuestros engaños para fascinarle.

Cortés les hizo un día seña de que quería hablar con su señor, y ellos le contestaron:

—Todos los que aquí veis son señores; decid lo que gustéis.

Viendo Cortés que nada conseguía, para amedren-



tarles les dijo por medio de un soldado que le servia de intérprete:

—Estais cercados, y tendreis que perecer de hambre. Entregaos, es la única esperanza que os queda.

—No os cuideis de eso; tenemos suficientes provisiones, y cuando se concluyan, los españoles y tlascaltecas que matemos calmarán nuestro apetito.

—Comed vosotros si teneis hambre, que nosotros ninguna tenemos, gracias á nuestros dioses. Pero lo mejor que podeis hacer es abandonar el campo, porque de lo contrario no vá á quedar uno vivo.

Y al terminar estas palabras, en medio de aullidos espantosos, se precipitaron sobre los españoles.

Cortés se defendió en retirada, y decidió volver á Teztuco.

No pudiendo hablar con Guatimozin, su permanencia allí no tenia objeto.

Los enemigos, atribuyendo á miedo aquella retirada, se envalentonaron.

Por medio de grandes hogueras llamaron á los de las poblaciones vecinas, y una vez reunidos, cayeron con más ímpetu sobre sus contrarios.

Desastrosas fueron las consecuencias de aquel combate para los españoles.

Pero Cortés no tardó en castigar su atrevimiento.

Envió delante todo el ejército y la infanteria española con cinco de á caballo.

Hizo á otros seis de á caballo ponerse en celada á un lado del camino, cinco al otro y tres en otra parte, y él se escondió con los demás entre unos árboles.

Los enemigos, que no veian los caballos, arremetieron denonadamente contra la infanteria.

Cortés los dejó acercarse, á cuando estuvieron á su alcance salió gritando:

—¡Santiago y á ellos! ¡San Pedro y á ellos!

Como los arremetieron por los flancos y por el frente, los destrozaron por completo.

Después de esta victoria obtenida sobre los enemigos, entraron y durmieron en Alcoluean, á dos leguas de Teztuco.

El escarmiento que sufrieron los mejicanos fué tan grande, que durante algunos dias no volvieron á hostilizar á los españoles.

Algunos tlascaltecas de los que más se habian distinguido en los combates pidieron y obtuvieron permiso del ilustre caudillo para retirarse á su país á disfrutar de los beneficios que les prometia el rico botin que llevaban.